

Sobre: *Orientaciones invisibles*,
de Carlos Surghi. Córdoba: Dianus, 2016.

✉ SERGIO PERALTA / Universidad Nacional del Litoral – CONICET / sergio.dl.peralta@gmail.com

«Recordar es sostener la guardia»

Un reseñador malicioso podría encontrar en estos ensayos de Carlos Surghi el repertorio tópico de Maurice Blanchot (escritura, muerte, amistad, experiencia, desconfianza de la visión) y limitarse a indicarlo para rescatar alguna que otra jugosa variación. No es mi estirpe, aunque el autor convide esa bandeja: «Fabulador en literatura, onanista en política, intimista en religión» (33). Mi propio costado malicioso dicta que Martha Nussbaum comienza unos de sus libros más importantes —*Paisajes del pensamiento*— con la muerte de su madre y que vuelve una y otra vez a esa escena fundante para desarrollar una teoría de las emociones neo-estoica. En *Orientaciones invisibles*, el pilar fundante es la biblioteca materna y la escena fundamental es la muerte de la Madre. «Luego», es un libro *personalísimo* del viajante desde y hacia pueblos de provincia que lee —es decir, pone en serie— de todo (muchos libros, paisajes, sensaciones, etc.) e interroga su asimiento, así como también un diario sobre la adolescencia como falta (de un beso) y el auto-rapto del poeta. Entrecomillo «luego» porque es sabido que si hay Madre no hay antes y después sino estela. Madre es una orientación invisible, es el puntapié para el ejercicio estoico del poeta. Al decir «comprendo entonces», prefigura su propia muerte entre dos lecciones del Romanticismo alemán: *leer para leerse* y *los movimientos del pasado son lecciones*.¹ Más todavía: «lo privativo del yo» son *sus* recuerdos, intermitencias de «la siempre oscura intimidad». Una lectura de *Orientaciones* consiste en jugar con el referente de ese pronombre posesivo: *sus*.

El filón con Nussbaum llega hasta ahí. Carlos nos expone su «educación sentimental» sin detenerse en la distinción entre sentimientos y emociones, así como también Martha evoca muchas menos veces a *Hamlet* (ese monumento proto-gótico) que Carlos. Será por eso que *Orientaciones* es un libro personalísimo sobre la melancolía y la nostalgia y *Paisajes* sobre la reciprocidad y la compasión. Es por eso que el libro de Nussbaum es leído como un libro de filosofía y los ensayos de Surghi pueden leerse como el diario de un poemario que esperamos (pronto).

«La voz de mi fantasma en la guerra del presente» (83) puede ser título o íncipit.

En este detalle filiatorio con el gótico puede condensarse otro recorrido del libro. Seguir las indicaciones a veces categóricas («en realidad, lo que *leo* en eso que *veo* es el blanco de la página», «describir es entrar en el misterio» o «la minucia del detalle es el ocultamiento del dios que otorga una licencia luminosa») y a veces programáticas («la necesidad de aprender a mirar para encontrar lo diferente», o «la orientación de lo invisible es aquello que se ve») sobre las diferencias entre ver, escuchar y leer que ya tienen ríos de tinta entre fenomenólogos y posblanchotianos (basta leer a Martin Jay). Los campos semánticos de la fijeza (el hielo, «gran metáfora de la vida») y la fluidez (la memoria como río, las lluvias negras del recuerdo, el vómito del negro pasado, lo que corre debajo del hielo), son recorridos con un trineo hecho por Padre para surcar la luctuosa noche materna en la que no hay adelante ni atrás sino un estarse (Kafka, Blanchot y Pizarnik: *nada será tuyo salvo ir hacia donde no hay dónde*). Un estarse en «el tiempo que vuelve con el tiempo» (76). Así avanza el libro: con distingos (misterio/secreto; religiosidad/religión; campo desolado/paisaje) que corren la suerte del hielo por lo que corre debajo. La literatura, nos dicen, está hecha de mitos y de sueños, y a estos Surghi los imbrica para luego abdicar: «Cualquier alegoría del tiempo ya me resulta imposible» (36); pero abdica después de confesarnos que es un fabulador en literatura y que la literatura es *la forma del pasado*.

Recuérdese que en el *Fedón* —referido por Surghi— la teoría de la reminiscencia dice al menos dos cosas: que saber es recordar lo ya sabido y que recordamos «cosas» olvidadas a partir de «cosas» diferentes (a Cebes cuando vemos a Simmias). Nussbaum va desde Platón a Proust para delinear la «tradición contemplativa» de Occidente: el primero preocupado por el deseo que embruja, el segundo por el hábito que auto-engaña. Surghi, por su parte, elige la vía del maravillado: «¿Cómo es posible encontrar el paisaje de la infancia en un pintor del siglo XVII?» (51). Es posible porque aprendió a mirar con una mirada que prescinde de la totalización y para ella «todo es interesante»: en las multitudes de Avercamp no hay punto de barrido desde el cual jerarquizar y entonces cada punto es un cosmos. La mirada se va de madre. Lo que sigue es una conexión tal vez arbitraria pero que me suena como confesión de su primer amor (Madre), porque la mirada se va de madre y Carlos dice: «soy nada más que pura contemplación, primera forma del deseo» (43). Un hilo que el lector tendrá que seguir detenidamente lleva desde esa primera forma del deseo a la «inteligencia sensible»: nadie es Adán en la mirada (ni en el lenguaje), pero la mirada cualitativamente distinta, la mirada del poeta, es tal por la intuición de su pregunta antes que por la destreza de su percepción.

Orientaciones es el diario de un poeta que es un niño y que perdió a su madre. Reclama un lector que tal vez no soy, pero quisiera.

Notas

¹ No es un detalle menor que haya conocido al Surghi poeta por el blog *Las afinidades electivas*, gracias al cual sé que nació en Villa María, que a los dieciséis tuvo una novia llamada Claudia y que en 2007 le escribe en ese blog diciendo que está bien eso de andar (des) conociéndose, pero para «quedarse solo con uno». ¿Era Surghi blanchotiano antes de leer a Blanchot? Cfr. <http://laseleccionesafectivas.blogspot.com.ar/2006/08/carlos-surghi.html>